

El abandono de tierras de cultivo y el medio ambiente

Por: Gabriel Escobar Gómez*

EXCESOS DE PRODUCCIÓN

Históricamente la alteración ambiental básica inducida por la agricultura viene dada por su carácter de consumidora de espacio y en este sentido ha sido, sin duda, el principal factor modificador de las características naturales. Los constantes incrementos de población, no siempre acompañados de mejoras técnicas que elevaran la productividad de igual modo, obligó a una continua extensión de las superficies dedicadas al cultivo y al pastoreo, modificando y remodelando el territorio, incluso en las zonas menos aptas, para obtener algún tipo de aprovechamiento. Así, un proceso de siglos de rotación de nuevas tierras, acondicionamiento de terrenos y aprovechamientos ganaderos ha sido la acción humana que con mayor incidencia ha actuado sobre el medio y más profundamente ha alterado las condiciones ambientales del planeta.

Durante siglos la humanidad ha vivido al borde del desastre ante la perspectiva de unos recursos agrarios finitos que, tarde o temprano, serían insuficientes para alimentar a un número de habitantes cada vez mayor. Sin embargo hace 150 años, al tiempo que Malthus elaboraba sus sombrías predicciones, la tecnología agraria comenzó a lograr unos incrementos productivos que, progresivamente, fueron superando el ritmo de crecimiento de la población. Esta tecnología ha seguido dos caminos que se refuerzan y complementan mutuamente. Por un lado la tecnología mecánica, ahorradora de mano de obra, que incrementa la productividad del trabajo y hace prescindible una gran parte de los recursos humanos dedicados a la actividad agraria. Por otro la tecnología biológica y química, ahorradora de tierra, que permite multiplicar los rendimientos obtenidos a partir de superficies de tierra cada vez menores. Estos nuevos recursos técnicos, reforzados por el incentivo de unas políticas agrarias que mantienen unos precios elevados de las producciones, en un contexto de desa-



- **Morir de éxito**
- **Producir en el Tercer Mundo**
- **Áreas «sin control»**
- **...y falta de planificación**

rollo económico y demanda creciente de productos alimenticios y unos precios de los factores de producción comparativamente reducidos, modificaron de forma radical las características de la agricultura occidental. En Europa y Norteamérica, a la vez que la población activa agraria disminuía aceleradamente y sin que la superficie cultivada experimentara variaciones significativas, el volumen de producción se ha disparado hasta hacerse insostenible. Si se puede morir de éxito la agricultura occidental ha realizado un suicidio impecable.

UN CAMBIO PROFUNDO

Un proceso de abandono de tierras, sus motivaciones y dimensión, es un problema multicausal, muy complejo, cuyo análisis y explicación son difíciles y escapan a los objetivos y posibilidades de este artículo. La simple referencia a la rentabilidad económica indicaría que la decisión racional es el abandono inmediato de la actividad agraria. Si esto no ocurre al ritmo que sería lógico se debe tanto a la falta de alternativas laborales para los agricultores (en un entorno económico muy distinto al de los años 60 en que el impacto de la tecnología agraria provocó en España el primer gran éxodo rural) como a la falta de aceptación por éstos de unas condiciones políticas y de mercado totalmente contradictorias con lo ocurrido hasta ahora.

Aunque las zonas más frágiles son las dedicadas a las grandes producciones extensivas (cereales, vino, azúcar, carne y leche de vacuno, oleaginosas) en realidad el proceso de desaparición de la agricultura es general y abarca a todo el sector primario. Por un lado liberalización de mercados, reforma, por insostenible e irracional de la Política Agrícola Común (PAC), hundimiento de los precios de los productos y alza imparable de los costes de producción. Por otro envejecimiento de la población agraria, despoblamiento rural, inviabilidad económica de las explotaciones, falta de sucesión, degradación e insatisfacción de las condiciones de vida en los núcleos rurales son procesos generalizados. Procesos que en realidad evidencian un cambio social y cultural profundo en las sociedades postindustriales, en las que probablemente la actividad agraria, tal y como la conocemos, resulta imposible e incluso carece de sentido.

En cualquier caso es un fenómeno que aún está en sus inicios pero, previsiblemente, se va a desarrollar a toda velocidad, afectando a un elevado porcentaje de la superficie agraria actual y con mayor incidencia en aquellas zonas, como el interior de España y la comisa cantábrica, con menores ventajas comparativas. Se-

(*) Ingeniero Agrónomo. MELISSA, S.A.

gún estimaciones del GATT, y tomando tan solo en consideración las variables económicas, la liberalización de los mercados internacionales de productos agrarios significará una reducción de la producción cerealista europea de entre un 20% y un 25%, del 50% al 75% en la de carne de bovino y ovino y entre un 30% y un 45% en la de azúcar.

CONSECUENCIAS DE LOS ABANDONOS

Evidentemente la desaparición de la actividad agraria en una proporción significativa de las tierras de cultivo no es ambientalmente neutral. Supone una modificación radical de pautas de ocupación del espacio y de uso de los recursos naturales que vienen del Neolítico.

En principio podrían existir elementos para juzgar el fenómeno de abandono de tierras como una magnífica oportunidad de mejora ambiental. La disponibilidad de espacio y la falta de presión sobre el suelo para su cultivo permitirán liberar amplios terrenos para la regeneración de ecosistemas destruidos en el pasado. De igual modo las menores demandas de riego incrementarán la disponibilidad de recursos hídricos para otros usos, evitando que la escasez de agua acabe siendo un factor de estrangulamiento.

También permitirá una mayor racionalidad en el consumo energético. Se ha dicho que la llamada revolución verde es en realidad una revolución del petróleo. En efecto, el proceso de modernización de la agricultura ha tenido uno de sus pilares en el bajo coste de los productos energéticos y de los productos químicos derivados del petróleo. Estos bajos costes han conducido al desarrollo de un sistema agrícola energéticamente ineficiente en el que la relación entre inputs y outputs energéticos apenas alcanza el 10% en la producción de cereales y no llega al 1% en la producción cárnica. Este sistema no solo es ambientalmente indeseable, en tanto que se basa en el consumo despilfarrador de recursos no renovables, sino que presenta, aparte de otras consideraciones, características que lo invalidan, como ahora se evidencia, en tanto que sistema de producción sostenible, al depender estrechamente del mantenimiento de unos recursos energéticos cada vez más escasos y por tanto más caros.

No solo puede aumentar la cantidad de recursos disponibles. También su calidad. El proceso de modernización ha puesto en manos de los agricultores un conjunto de instrumentos con una extraordinaria capacidad de modificación de los factores ambientales, tanto en lo que respecta a la introducción en el ambiente de elementos químicos exógenos, aplicados a ganado y cultivos, como en la dis-

ponibilidad de potencia máxima para modificar y prospectar el medio. Este poder exige, para su correcta aplicación, un conocimiento profundo de los procesos ambientales que se dan en un determinado territorio pero el hecho es que, en muchos casos, carecemos de ese conocimiento y, sobre todo, que su uso está en manos que carecen de la mínima cualificación para hacer un uso racional de estos elementos.

La reducción en el número de explotaciones agrarias ofrece otro enfoque que puede contribuir a la mejora ambiental. Un aspecto característico de la agricultura actual, que dificulta enormemente su integración ambiental, es la dispersión y reducido tamaño de las unidades de producción y, por tanto, la diversidad en la toma de decisiones de cada explotación. Esta situación no solo resulta poco deseable por la degeneración de puntos de contaminación diversos en el tiempo y en el espacio, de muy difícil tratamiento homogéneo, sino sobre todo porque complica extraordinariamente la posibilidad de implantar políticas de integración sectorial correctoras de impactos, de reaprovechamiento de subproductos y de gestión integral de los recursos naturales.

LOS PAÍSES MENOS DESARROLLADOS

Más importantes y significativos son los efectos que el abandono de tierras en los países desarrollados tendrá sobre el resto del mundo. Los principales conflictos ambientales se dan hoy en los países menos desarrollados (PMD), donde se localiza la mayoría de la población humana y donde ésta crece más rápidamente. También en estos países es donde mayor resulta la demanda de recursos naturales y donde se sitúan los factores ambientales básicos, los grandes bosques, ríos y mares, fundamentales para la vida en la Tierra. La magnitud con la que los conflictos ambientales se plantean en estas zonas permite que no sea muy aventurado afirmar que una drástica reducción de la agricultura de los países desarrollados es condición previa a la solución de los problemas globales.

Generalizando, la restricción de la superficie y la producción agrícolas en las áreas más desarrolladas supone, en primer lugar, un alza de los precios de los mercados internacionales de los productos agrarios y la reducción en estos mercados de los grandes volúmenes de excedentes a bajo precio exportados por EE.UU. y la CEE, desplazando la producción hacia los PMD con mayores ventajas comparativas y, sobre todo, incrementando el ingreso de los agricultores de estos países. La reducción en el uso de sustancias contaminantes en la agricultura de

los países ricos se vería parcialmente compensada por el mayor uso que podrían hacer de ellos los PMD. Pero este aumento comenzaría desde un punto muy bajo y difícilmente puede alcanzar los niveles de la agricultura occidental. Más preocupante es la posible tala de bosques para poder disponer de más tierras de cultivo. Sin embargo los estudios empíricos indican que la superficie dedicada a la agricultura en los PMD no es muy sensible a la variación de los precios en los productos agrícolas, traduciéndose los incrementos de éstos en una mayor intensidad en la aplicación de capital, aumentando los beneficios a través de los incrementos en los rendimientos y no en la superficie cultivada. Por otra parte la reducción de las masas forestales de los PMD no se debe tanto a la roturación de tierras como a la masiva utilización de leñas como combustible. El 80% de la madera explotada en los países en desarrollo se utiliza como combustible, pues es la fuente de energía más barata y accesible para poblaciones muy empobrecidas. Es la deforestación provocada por la obtención de leñas la que induce posteriormente el aprovechamiento agrícola de estas zonas por campesinos sin tierras, ante la imposibilidad de encontrar suficiente trabajo retribuido. La subida de los precios agropecuarios no solo incrementaría las posibilidades de empleo en las explotaciones comerciales, sino que elevaría los ingresos de las zonas rurales, haciendo más asequibles y relativamente más baratos los combustibles sustitutivos de la leña.

El análisis anterior es un ejemplo más de algo que, si bien a estas alturas ya debería de ser evidente, no parece que acabe de resultar perfectamente claro para todo el mundo. Solo a través del desarrollo económico es posible lograr un entorno de calidad ambiental y no a la inversa. Este es el punto donde los efectos ambientalmente positivos que se han señalado para el proceso de abandono de tierras pueden volverse en sentido contrario.

MIRANDO HACIA ESPAÑA

En países como España el masivo abandono de tierras de cultivo puede significar, de hecho ya lo está siendo en muchas zonas, un fenómeno dramático, con graves impactos negativos sobre nuestra calidad de vida y nuestras oportunidades de lograr un aprovechamiento eficaz de los recursos naturales y un sistema territorial ambientalmente equilibrado. Las modificaciones de la estructura económica y social, la organización territorial y las pautas de utilización del suelo que se plantean en el futuro inmediato son de tal magnitud que exigen un cambio igualmente radical en los paradigmas y con-

ceptos con los que hay que enfrentarse a los problemas de los espacios agrícolas.

El principal problema ambiental que hoy existe en las zonas rurales no es el exceso de actividad, sino la falta de ella. El declive de la agricultura ha sido el desencadenante de un proceso en el que, cada vez más, un porcentaje significativo de tierras de cultivo funcionan como áreas «sin control», espacios en los que el suelo carece de valor, actuando únicamente como soporte de las actividades más degradantes o desarrollando procesos que agudizan su pérdida de valor: deposición incontrolada de vertidos sólidos y escombreras, extracciones de áridos, urbanización ilegal, erosión, incendios forestales, degradación de paisajes tradicionales, infraestructuras y patrimonio. La propia dispersión de éstos fenómenos dificulta su control, haciendo infructuosas las actuaciones puntuales de mejora.

Según la agricultura pierde importancia se incrementa la superficie de terrenos abandonados que dejan de tener cualquier tipo de interés para sus propietarios, que con frecuencia ya han emigrado. Estos suelos, privados de su uso tradicional, no son capaces de remunerar ni siquiera su conservación. Los espacios agrarios acaban, de este modo, no siendo de nada y van asimilándose, como otros muchos factores ambientales, a la nebulosa categoría de los bienes públicos, carentes de incentivos para su producción y conservación.

El problema no es tanto la desaparición de la agricultura, convertida en una actividad socialmente onerosa, sino que este fenómeno se desarrolle de forma incontrolada y sin generar actividades alternativas. A ello contribuye el mantenimiento de esquemas del pasado, en los que el desarrollo de las zonas rurales se asigna a una política sectorial agraria cada vez con menos que aportar. De igual modo la legislación del suelo y de protección de la naturaleza sigue contemplando las zonas rurales fundamentalmente como un espacio de producción agraria y propugna una política ineficaz y contradictoria con sus objetivos, al penalizar a aquellos que han conservado los recursos naturales mientras que los que han actuado de forma más agresiva se ven recompensados con terrenos que admiten una variedad de usos mucho menos restrictiva. La consecuencia es que no se incentiva el mantenimiento, y mucho menos la extensión, de los recursos ambientales de más valor, sino su destrucción toda vez que es la desaparición de los valores ambientales lo que permite obtener una rentabilidad económica del suelo.

Incluso las tímidas alternativas que se empiezan a contemplar para estas tierras abandonadas, al diseñarse desde una visión fundamentalmente política y de resolución de problemas sociales a corto

plazo, amenazan con tener efectos muy distintos de los que teóricamente se proponen. Es el caso de los programas de reforestación de tierras de cultivo. Concebidos principalmente como un instrumento de reducción de la producción agraria y de compensación a las rentas de los agricultores los planes de reforestación pueden ocasionar más problemas que beneficios al primar la implantación de arbolado en las tierras de labranza mientras se descuida la repoblación con fines de corrección hidrológica, restauración de zonas incendiadas y protección de suelos en pendiente. Existe el riesgo de crear unos espacios en los que los árboles ocupan las llanuras y los fondos de valles mientras las laderas permanecen desnudas.

En cualquier caso estas actuaciones son insuficientes para invertir el proceso de abandono y despoblamiento rural. Las zonas rurales, según pierden peso demográfico y económico, y por tanto relevancia social y política, cada vez sufrirán una mayor marginación, al quedar excluidas de las Políticas generales de desarrollo, agudizándose los problemas actuales en una espiral de la que cada vez resultará más difícil salir. En el caso español este proceso se ha producido en un espacio de tiempo comparativamente corto y con una notable falta de planificación, lo que ha significado la aparición de desequilibrios territoriales especialmente agudos, de los que son ejemplo la dicotomía centro-periferia y fenómenos extremos como la macrocefalia de la región de Madrid. El 60% de nuestro territorio solo acoge al 12% de la población y este desequilibrio puede acelerarse en los próximos años, acercándonos a un modelo territorial más parecido al de Méjico y Nigeria que al de las naciones más prósperas. La falta de instrumentos y políticas innovadoras que contemplen la nueva situación de los espacios agrarios no solo tiene unos costes ambientales directos, al privar de utilizar y permitir la degradación de recursos. Igualmente grave es el coste de oportunidad en el que se incurre al no posibilitar la aparición de los nuevos usos que las sociedades desarrolladas demandan de las áreas rurales. Por un lado producción de paisaje, agua, naturaleza y ocio. Por otro, más importante, disponibilidad de espacio, amplias extensiones capaces de ir acogiendo actividades económicas y usos residenciales que, simultáneamente, generen los recursos y motivaciones necesarios para la conservación ambiental y permitan un modelo de crecimiento alternativo a unas áreas metropolitanas densas, ambiental, social y económicamente, cada vez más problemáticas, insatisfactorias e inviables.

Plan de Desarrollo Rural Andaluz.

La Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía acaba de publicar un documento con las «Bases para un Plan de Desarrollo Rural Andaluz», con prólogo del Consejero Leocadio Marín, que pretende establecer unos diagnósticos, líneas de acción y estrategias que servirán de directrices para la mejora del entorno y la calidad de vida del Mundo Rural Andaluz.

El grupo de trabajo encargado de la elaboración de estas «bases» ha estado constituido por Domingo Gómez Orea, Eduardo Ramos Real, José Juan Romero y Pedro Ruiz Avilés, aparte de la aportación de otros colaboradores especializados.

El estudio trata de «abrir un debate sobre los problemas de la sociedad rural y la búsqueda de alternativas para mejorar el futuro de los habitantes del campo».